

La personalidad histórica del fundador del Opus Dei

José Orlandis

Diez años después

En el tiempo que nos separa de la muerte del Fundador del Opus Dei, la fama de sus virtudes heroicas se ha extendido prodigiosamente y hoy son incontables los hombres y mujeres de los cinco Continentes que le invocan privadamente en toda suerte de necesidades, persuadidos de la eficacia de su intercesión cerca del Señor. La rápida difusión de la devoción privada al Siervo de Dios se ha visto impulsada por el testimonio de un sinnúmero de personas que tienen el convencimiento de haber obtenido, mediante aquella intercesión, gracias y favores —grandes o pequeños—, tanto de orden espiritual como material. La Iglesia ha prestado oído atento a ese clamor del pueblo cristiano y —como es sabido— abrió en su momento...

Publicado en la revista «Scripta Theologica» 17 (1985) 399-413.

Han transcurrido ya diez años desde el 26 de junio de 1975, día en que Dios llamó a su presencia a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, su siervo bueno y fiel, para que gozase en la Casa del Padre —así lo creemos firmemente— de las alegrías sin termino de la verdadera Vida.

Diez años después

En el tiempo que nos separa de la muerte del Fundador del Opus Dei, la fama de sus virtudes heroicas se ha extendido prodigiosamente y hoy son incontables los hombres y mujeres de los cinco Continentes que le invocan privadamente en toda suerte de necesidades, persuadidos de la eficacia de su intercesión cerca del Señor. La rápida difusión de la devoción privada al Siervo de Dios se ha visto impulsada por el testimonio de un sinfín de personas que tienen el convencimiento de haber obtenido, mediante aquella intercesión, gracias y favores —grandes o pequeños—, tanto de orden espiritual como material. La Iglesia ha prestado oído atento a ese clamor del pueblo cristiano y —como es sabido— abrió en su momento el proceso de Beatificación y Canonización de Josemaría

Escrivá de Balaguer, y la causa avanza día tras día, siguiendo las pautas establecidas por la ley eclesiástica.

Si se considera la fama de santidad alcanzada por el Fundador del Opus Dei y la creciente extensión de la devoción privada, parece increíble que todo eso haya podido tener cabida en el plazo de los diez años que nos separan de su muerte. Una década es también tiempo muy breve para que el historiador formule un juicio, que aspire a ser más o menos definitivo, sobre lo que puede significar Mons. Escrivá de Balaguer para la humanidad de hoy y de mañana. Hay que reconocer, sin embargo, que pese a tales dificultades un primer intento de valoración no resulta ya empeño temerario, gracias al extraordinario enriquecimiento que ha registrado en este tiempo la documentación disponible. Efectivamente, en el curso de estos años han aparecido en varios países importantes trabajos biográficos sobre el Siervo de Dios; por otra parte, se han editado muchos de sus escritos: más aún, una parte de su catequesis oral ha podido ser recogida en docenas de películas tomadas con ocasión de reuniones y tertulias que congregaron a su alrededor a cientos de miles de personas, en diversos lugares de Europa y América. Todos estos elementos constituyen un fondo documental muy amplio y de indudable importancia.

Pero ocurre además que ahí está, bien patente a los ojos del mundo entero, la realidad del Opus Dei, fiel reflejo del espíritu y de la acción apostólica del Fundador. El Opus Dei, extendido por todo el orbe, constituye un fenómeno teológico y pastoral de considerable entidad en el panorama de la humanidad de hoy. Estos hechos —y otros mas que podrían aducirse— ofrecen base suficiente para que un historiador, con la sola perspectiva de los diez años transcurridos desde 1975, se aventure a formular algunas consideraciones sobre lo que significa la figura

de Mons. Escrivá de Balaguer en la historia de la Iglesia y del mundo. Será, como es lógico, una primera aproximación, una valoración provisional, por fuerza inmadura y hecha además a título exclusivamente personal. Espero, con todo, que los pocos trazos que perfilen este boceto resulten sustancialmente válidos, porque acierten a recoger los rasgos esenciales de la personalidad histórica de un gran hombre de Dios. Si así fuera, estas primicias podrían servir de modesto precedente para empresas futuras de mayor aliento.

Escogido por Dios

Un hombre escogido por Dios para cumplir una misión en el mundo. Tal es —a mi juicio— la dimensión fundamental que presenta, proyectada sobre el horizonte de la historia, la personalidad de Mons. Escrivá de Balaguer. Como escribió un ilustre cardenal y buen amigo suyo —Franz Koenig, arzobispo de Viena—, ese era exactamente su carisma: «carisma de elegido para realizar una obra de Dios»¹. Estas palabras traen a mi memoria las que oí de labios de otro insigne eclesiástico, que asistía a mi lado a una de aquellas tertulias multitudinarias, que el Siervo de Dios tenía el arte de convertir en diálogo personal, en reunión de familia: «il est un prophète!; cet homme est un prophète!», me comentó sin poder contenerse aquel distinguido profesor de una famosa universidad europea. He de confesar que, en un primer momento,

1. F. KOENIG, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, un hombre a la medida de la Iglesia, en el volumen Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei. En el 50 aniversario de su fundación*, Pamplona 1982, p. 53.

esas palabras me sorprendieron, que no las entendí. Pero bastaron unos momentos de reflexión para darme cuenta de que expresaban una intuición certerísima: el Fundador del Opus Dei fue el hombre escogido por Dios para anunciar un mensaje a los hombres y hacer realidad en el mundo una empresa divina.

El Opus Dei tuvo una prehistoria: los once años que preceden al 2 de octubre de 1928. A finales de 1917, el Señor se cruzó en la vida de Josemaría Escrivá de Balaguer y éste, un adolescente todavía, comenzó entonces el largo camino que había de recorrer a tientas, porque sabía que esa era voluntad divina, pero sin conocer durante mucho tiempo el destino a donde ese camino le llevaba. La decisión de hacerse sacerdote la tomó, persuadido de que así podría ser más idóneo para cumplir aquel indudable pero ignorado designio de Dios. El mismo Fundador del Opus Dei lo explicaba así muchos años más tarde: **¿Por qué me hice sacerdote? Porque creí que era más fácil cumplir una voluntad de Dios, que no conocía. Desde unos ocho años antes la barruntaba, pero no sabía lo que era, y no lo supe hasta 1928. Por eso me hice sacerdote**². Aquellos años fueron tiempo de preparación del instrumento, de oración, de espera: Señor —repetía incansablemente— **¿por qué me hago sacerdote? Y también: El Señor quiere algo ¿Qué es?**³. La vida interior de Josema-

2. Los textos de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer que se citan en este trabajo han sido tomados de sus escritos editados, o bien de las biografías y estudios que en cada caso se mencionan, cuyos autores han tenido acceso a otras fuentes todavía inéditas. El presente texto está tomado de J.L. ILLANES, *Dos de octubre de 1928: alcance y significado de una fecha*, en el volumen *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei...*, p. 66.

3. F. GONDRAND, *Al paso de Dios. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei*, Madrid 1984, p. 39.

ría, su actitud espiritual, se expresaba en jaculatorias reiteradas una y mil veces, todos los días, año tras año, a la espera de la hora del Señor: *Domine, ut sit!, Domina, ut sit!* —¡Señor, que sea!, ¡Señora, que sea!⁴—. *Domine, ut videam! Ut sit! Que vea eso que Tú quieres y que yo ignoro*⁵.

La hora de Dios llegó el 2 de octubre de 1928. Este día terminó la prehistoria y comienza la historia del Opus Dei. Y aquí surge enseguida un interrogante de la mayor importancia: ¿es adecuado hablar en sentido propio de una «fundación» del Opus Dei? Es un hecho histórico que el Opus Dei tuvo su comienzo aquel 2 de octubre de 1928. Es también indudable que Mons. Escrivá de Balaguer vivió como protagonista —como único humano protagonista— el origen del Opus Dei, y por tal razón está de sobra justificado llamarle fundador, con tanto o mejor título que cualquiera de los grandes fundadores que ha conocido la historia de la Iglesia. Pero, bien sentado lo que antecede, es preciso añadir que ni el término «fundación», empleado en su sentido obvio, expresa adecuadamente los comienzos del Opus Dei, ni la palabra «fundador», tomada en su acepción habitual, refleja con fidelidad el papel que jugó en aquella circunstancia Josemaría Escrivá de Balaguer.

¿Fundador?, ¿fundación?

Es evidente que esos términos («fundador», «fundación») no gustaban a Mons. Escrivá de Balaguer; y no le agradaban porque no expresaban con suficiente propiedad

4. Cfr. *Ibidem*, p. 36.

5. *Ibidem*, p. 34.

lo que fueron los comienzos del Opus Dei. Un fundador —tanto en la sociedad civil como en la Iglesia— ha solido entenderse como un hombre que concibió el designio de llevar a cabo una determinada empresa, e inició la tarea —rodeado muchas veces de un grupo de compañeros—, realizando determinados actos externos que constituyen propiamente el hecho fundacional, la «fundación». Está claro que esta noción de fundación —y de fundador— nada tiene que ver con los comienzos del Opus Dei y se comprende que repugnase a Mons. Escrivá; puesto que no respondía a la realidad de los hechos vividos por él.

Una y otra vez, a lo largo de su vida, el Siervo de Dios dejó traslucir su resistencia a ser llamado fundador y a la idea misma de haber sido autor de una fundación. **Desde ese momento** —decía el 2 de octubre de 1962, recordando aquella misma fecha del año 1928— no tuve ya *tranquilidad alguna, y empecé a trabajar, de mala gana, porque me resistía a meterme a fundar nada*⁶. **No me interesaba ser fundador de nada** —insistía en otra ocasión—. **Por lo que a mi persona y a mi trabajo se refería, siempre he sido enemigo de nuevas fundaciones**⁷. Y un testimonio más, todavía, a muy pocos meses ya de su muerte. Fue en Venezuela, en una tertulia con millares de personas, el 12 de febrero de 1975. Uno de los asistentes le formuló la pregunta: «¿Por qué fundó el Opus Dei?». Y la respuesta surgió de inmediato, clara y categórica: **Siéntate, que me das pie para hablar, estupendo. Y yo tengo que decir que no he**

6. Palabras de la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer, el 2 de octubre de 1962, recogidas por SALVADOR BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid 1976, p. 101.

7. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid 1984, p. 115.

fundado el Opus Dei. El Opus Dei se fundó a pesar mío. Ha sido una voluntad de Dios que se ha verificado y ya está. Yo soy un pobre hombre que no he hecho más que estorbar, de modo que no me llames fundador de nada⁸.

En todos estos textos el historiador encuentra el testimonio de algo que —como escribió José Luis Illanes— fue afirmación constante de Mons. Escrivá de Balaguer: «que el Opus Dei no ha surgido como fruto de reflexiones y afanes personales, sino como consecuencia de una iniciativa divina»⁹.

Existe un escrito del Siervo de Dios, que se remonta al 19 de marzo de 1934 y que constituye, a mi juicio, el testimonio fundamental sobre los comienzos del Opus Dei y el papel que a él mismo le correspondió: **La Obra de Dios no la ha imaginado un hombre (...). Hace muchos años que el Señor la inspiraba a un instrumento inepto y sordo, que la vio por vez primera el día de los Santos Angeles Custodios, dos de octubre de mil novecientos veintiocho**¹⁰. Este documento dice exactamente, con escueta precisión, cómo nació el Opus Dei: Mons. Escrivá no lo «fundó», lo *vio*, una palabra que repetiría otras veces al evocar aquel acontecimiento; y el oficio que le tocó desempeñar, mucho más que de «fundador» fue de **instrumento** de Dios.

Instrumento de Dios

Ese carácter de **instrumento** de quien, pese a tales salvedades y por exigencias de buen entendimiento, llama-

8. *Ibidem*, p. 472.

9. J.L. ILLANES, *Dos de octubre de 1928*, cit., p. 84.

10. F. GONDRAND, *Al paso de Dios*, cit., p. 11; cfr. J.L. ILLANES, *Dos de octubre de 1928*, cit., p. 60.

mos Fundador del Opus Dei habría de reafirmarse en sucesivos momentos de la historia de la Obra. Se trata de momentos importantes, no en lo tocante a la naturaleza del Opus Dei y al contenido de su mensaje espiritual, que quedaron esculpidos desde el 2 de octubre de 1928 en el alma del Siervo de Dios, sino en lo que se refería al alcance y dimensión que habría de tener esta empresa apostólica, o al modo de resolver cuestiones trascendentes que se plantearon en el curso del que cabe denominar «período fundacional».

Esta primacía de la «iniciativa divina» se puso bien de manifiesto, con singular claridad, a la hora de la «fundación» de la Sección de mujeres de la Obra: **Yo no quería fundar la Sección de varones ni la Sección femenina del Opus Dei. En la Sección femenina no había pensado nunca**, declaraba sin rebozo Mons. Escrivá ¹¹. Y volviendo sobre el tema, insistía una vez más: **Para que no hubiera ninguna duda de que era El quien quería realizar la Obra, el Señor ponía cosas externas. Yo había escrito: «Nunca habrá mujeres —ni de broma— en el Opus Dei». Y a los pocos días, el 14 de febrero: para que se viera que no era cosa mía, sino contra mi inclinación y contra mi voluntad** ¹². En fin, cuando al cabo de los años, Mons. Escrivá de Balaguer volvía la vista hacia atrás y contemplaba el camino recorrido, podía resumir aquella historia con estas palabras: **La fundación del Opus Dei salió sin mí; la Sección de mujeres, contra mi opinión personal, y la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, queriendo yo encontrarla y no encontrándola** ¹³.

11. S. BERNAL, *Apuntes*, cit., p. 127.

12. *Ibidem*, p. 128.

13. *Ibidem*, p. 128.

Instrumento en las manos de Dios —un hombre «zarrandeado por el Espíritu Santo», en gráfica expresión de José M.^a Pemán— y que se deja manejar dócilmente, porque sabe que, en definitiva, el autor de la Obra es el Señor. El Fundador expone con sencilla naturalidad ese divino *modus agendi*, en que a él le correspondió tan sólo cooperar con operativa fidelidad, más allá de sus preferencias y opiniones personales. **La Sabiduría infinita** —decía en 1950— **me ha ido conduciendo, como si jugara conmigo, desde la oscuridad de los primeros barruntos, hasta la claridad con que veo cada detalle de la Obra**¹⁴. Y en una carta fechada en 1961 escribía: **Dios me llevaba de la mano, calladamente, poco a poco, hasta hacer su castillo: da este paso —parece que decía—, pon esto ahora aquí, quita esto de delante y ponlo allá. Así ha ido el Señor construyendo su Obra**¹⁵.

Era necesario reflexionar con algún sosiego acerca de la circunstancia y el modo en que tuvo su origen el Opus Dei, y el papel que jugó en esos comienzos Mons. Escrivá de Balaguer, antes de pasar a considerar el contenido del mensaje espiritual que hizo llegar al mundo y la misión que le correspondió cumplir. Parecía indispensable poner de relieve su condición de fundador e **instrumento** de Dios, porque esa nota singularísima constituye el rasgo más característico de su personalidad histórica e ilumina decisivamente la empresa apostólica a cuya realización —**hacer el Opus Dei en la tierra**— consagró casi medio siglo de su vida. Ahora, expuesto ya lo que antecede, podemos examinar algunos aspectos fundamentales de la impronta que este hombre de Dios ha

14. *Ibidem*, p. 101.

15. *Ibidem*, p. 101.

dejado, tanto en la historia de la Iglesia como de la humanidad contemporánea.

La llamada universal a la santidad

Recordar la buena nueva de la vocación universal a la santidad constituye la esencia misma del mensaje transmitido al mundo por Josemaría Escrivá de Balaguer. Este es, sin lugar a dudas, el núcleo de la espiritualidad del Opus Dei, porque tal fue el gran **descubrimiento**, la portentosa novedad que el Fundador *vio* con claridad meridiana el 2 de octubre de 1928. El Siervo de Dios —escribió Illanes—, «en la tranquilidad de aquella mañana (...) percibió con luz especialísima la universalidad del amor de Dios, y ante su vista se abrió un panorama amplísimo, ilimitado, de cristianos de las más diversas condiciones y latitudes santificándose en medio de las ocupaciones profesionales y de los quehaceres más diversos»¹⁶. Mons. Escrivá había aludido a todo esto en mil ocasiones, una de ellas respondiendo a las preguntas de un periodista: **con el comienzo de la Obra en 1928, mi predicación ha sido siempre que la santidad no es cosa para privilegiados, sino que pueden ser divinos todos los caminos de la tierra, todas las profesiones, todas las tareas honestas**¹⁷.

Es bien sabido que la doctrina de la vocación universal de los cristianos a la santidad ha pasado a ser, tras el Concilio Vaticano II, doctrina común de la Iglesia. Cuando treinta años antes del Concilio, un joven sacerdote comenzó a hablar de la universalidad de aquella llamada,

16. J.L. ILLANES, *Dos de octubre de 1928*, cit., pp. 69-70.

17. *Conversaciones*, n. 26.

sus palabras fueron consideradas como intolerable osadía. Aquellas palabras venían a romper viejos planteamientos que hablan permanecido cristalizados durante siglos y siglos. Ahora, cualquiera que intente valorar con criterio de historiador la personalidad y la obra de Mons. Escrivá de Balaguer habrá de esforzarse, sobre todo, por encuadrar una y otra en el contexto religioso y social de los tiempos presentes —y futuros— de la vida del mundo.

Tiene sin duda un sentido que la doctrina de la llamada universal a la santidad irrumpa en el horizonte espiritual de la Iglesia cuando la humanidad, quizá sin tener plena conciencia de ello, iniciaba un importante giro hacia un tiempo histórico que cabe calificar no tan sólo como nuevo sino, mejor aún, como «distinto». Efectivamente, en muchos países donde habían perdurado durante largos siglos determinadas formas de sociedad cristiana, se tiene ahora la impresión de que sus viejas estructuras se han desmoronado o están en trance de desvanecerse. Deshechas las tradiciones y hábitos sociales que arropaban al pueblo cristiano, éste se ha visto inmerso en una atmósfera neopagana, destructora de sus convicciones morales. Por otra parte, en todas las tierras del mundo, el hombre contemporáneo, mientras aparenta en ciertos aspectos estar logrando una mayor «madurez», se encuentra paradójicamente más inerme que nunca, ante la agresión sin precedentes de la propaganda, de la moda y de la manipulación de los medios más poderosos de comunicación social.

La dignidad de la persona humana

En esta hora de la historia y de cara a los tiempos futuros, no resulta difícil advertir la providencial oportu-

nidad de la doctrina evangélica de la vocación universal a la santidad: a la plena coherencia de vida cristiana, que eso es, en fin de cuentas, la santidad. Una doctrina que anuncia que todo cristiano recibe un llamamiento singular, que es invitación al más fiel seguimiento de Jesucristo, cada uno según su estado o condición y dentro de su propio camino. En una humanidad que sufre el impacto desintegrador de una «modernidad» secularizada, que pretende borrar toda huella divina de la vida pública o social de los pueblos, el nombre de cristiano, desprendiéndose de toda adherencia ideológica, vuelve a aparecer, como en los primeros siglos, sinónimo de discípulo de Jesucristo y la vocación cristiana se manifiesta como el denominador común de todos los bautizados. El mensaje espiritual del Fundador del Opus Dei aparece así revestido de novísima actualidad, en el contexto de la realidad cristiana y humana de nuestro tiempo.

Un Cristianismo hecho programa de existencia para todos los bautizados, en una edad del mundo que, pese a tantas contradicciones y altibajos, avanza de modo indudable hacia una creciente personalización del hombre: tal es el marco histórico en que Dios ha hecho resonar de nuevo ante las gentes el mensaje de la vocación universal a la santidad. La progresiva toma de conciencia de la dignidad de la persona humana —tema permanente del magisterio del Papa Juan Pablo II— aparece sin lugar a dudas como uno de los signos divinos de nuestro tiempo. Y ello, a pesar de la incesante acción —sutil o descarada— de las oscuras fuerzas del mal, empeñadas en arrastrar al hombre por caminos de envilecimiento hasta los más bajos raseros de animalidad. La santidad, a la cual se hallan convocados todos los cristianos, constituye la más genuina plasmación de la dignidad humana, puesto que su

paradigma y modelo es Cristo, perfecto hombre a la vez que perfecto Dios.

El sentido de la filiación divina

El fundamento último de la dignidad del hombre es su condición de criatura, hecha a imagen y semejanza del Creador. Sobre ese sustrato, que es común a todos los hombres por razón de su propia naturaleza humana, la dignidad del cristiano se realza en virtud de una nueva y más noble motivación: la elevación al orden de la gracia que, al hacerle *consors divinae naturae* —partícipe de la naturaleza divina—, le confiere la dignidad de hijo de Dios. La conciencia de la filiación divina aparece como un rasgo característico del cristiano, que lucha por ser consecuente con su fe.

Quiso el Señor que el sentido de la filiación divina quedase hondamente impreso en el espíritu del Opus Dei, reavivando una nota radicalmente evangélica, pero largo tiempo oscurecida, de la espiritualidad cristiana. Existe un claro nexo entre vocación universal a la santidad y conciencia en el cristiano de su condición de hijo de Dios. Puede afirmarse que esta conciencia anima e ilumina aquella llamada. Josemaría Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios para recordar al mundo la vocación cristiana de santidad, experimentó de modo excepcional —por una gracia singularísima— el sentido de la filiación divina.

En momentos humanamente difíciles, en los que tenía sin embargo la seguridad de lo imposible (...) —son palabras del Fundador del Opus Dei—, sentí la acción del Señor que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario: Abba,

Pater! ¹⁸. Mons. Escrivá de Balaguer hace aquí alusión a una inolvidable experiencia de la acción de Dios en su alma, que le tocó vivir en una calurosa jornada de verano de 1931, en un tranvía de la línea Atocha a Cuatro Caminos. De repente se sintió invadir por una inefable efusión del Espíritu, que le impulsaba a clamar con fuerza incontenible: **Abba, Pater!, Abba, Pater!, Abba! Abba! Abba!** Josemaría bajó del tranvía y deambuló más de una hora por las calles de Madrid, sin poder contener el grito. El Siervo de Dios comprendió sin sombra de duda la razón y finalidad de aquella experiencia: **aquel día** —el del Abba, Pater!, diría luego— **[el Señor] quiso de una manera explícita, clara, terminante, que, conmigo, vosotros os sintáis siempre hijos de Dios** ¹⁹.

Trabajo santificado y santificante

El cristiano, todo cristiano, está llamado a la santidad —plenitud del seguimiento de Jesucristo— y es consciente de su condición de hijo de Dios. El mensaje divino transmitido al mundo por conducto del Fundador del Opus Dei va labrando así, a golpe de cincel, el perfil del discípulo de Cristo, en esta humanidad de los tiempos novísimos. El cristiano, que vive inmerso en las actividades seculares más diversas, ha de transformar esas actividades que llenan la mayor parte de la existencia en su principal servicio a Dios.

18. F. GONDRAND, *Al paso de Dios*, cit., p. 66; cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, cit., pp. 124-125.

19. *Ibidem*, p. 125.

Es indudable que el «re-descubrimiento» del valor santificador del trabajo ordinario constituye una de las grandes «novedades» anunciadas al mundo por el Fundador del Opus Dei. Si el trabajo es para el cristiano servicio de Dios, la santificación del trabajo ordinario constituirá uno de los principales medios al alcance del hombre, para responder a la vocación universal a la santidad: al alcance de todos los hombres, porque esa llamada es general y cualquier trabajo honesto es santificable y santificante. La doctrina de la santificación en el ejercicio de la propia profesión es una de las aportaciones más «revolucionarias» que se han hecho a la historia de la Espiritualidad cristiana y de la propia humanidad.

El Señor suscitó el Opus Dei en 1928 —declaraba Mons. Escrivá de Balaguer al periodista norteamericano Tad Szulc— para ayudar a recordar a los cristianos que, como cuenta el libro del Génesis, Dios creo al hombre para trabajar. Hemos venido a llamar de nuevo la atención sobre el ejemplo de Jesús que, durante treinta años permaneció en Nazaret trabajando, desempeñando un oficio. En manos de Jesús el trabajo, y un trabajo similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación²⁰.

Esta doctrina, proclamada por el Fundador del Opus Dei desde los comienzos de su labor apostólica, fue expuesta de modo constante en su catequesis oral y escrita. Pronunció, y han sido publicadas, homilias expresamente dedicadas a tratar de modo monográfico este gran tema: así, entre otras, «En el taller de José»²¹ y «Trabajo de

20. *Conversaciones*, n. 55.

21. *Es Cristo que pasa. Homilias*, Madrid 1978, pp. 97-121.

Dios»²². El trabajo constituye, por tanto, el elemento medular en la tarea de santificación del cristiano corriente. Y si esta doctrina —tal como dijimos—, representa una de las históricas aportaciones de Monseñor Escrivá de Balaguer al acervo de la Teología espiritual, es igualmente cierto que arroja raudales de luz sobre el sentido de los treinta años de vida oculta y laboriosa del Hijo de Dios en la tierra, que aparecen ante nuestros ojos como una maravillosa lección de divina pedagogía. No fueron tan sólo «espera» y preparación para la vida pública los años de la vida oculta, sino tiempo con propia entidad y consistencia. Fueron años de la vida de Cristo especialmente «ejemplares» para los discípulos del Señor: la muchedumbre de los cristianos llamados a seguir vocacionalmente en la tierra las huellas de Aquel que es para ellos «el Camino, la Verdad y la Vida»²³.

Consecuencias sociales de la santidad

La doctrina de la vocación universal a la santidad abre inmensas perspectivas a la vida espiritual de todos los fieles cristianos. Pero por importante que sea la eficacia transformadora de esa doctrina sobre la existencia personal del bautizado, ha de recordarse que las consecuencias de aquella vocación trascienden ampliamente las fronteras de la espiritualidad individual. La vocación universal a la santidad tiene también una dimensión social y está desti-

22. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios. Homilias*, Madrid 1978, pp. 97-121. Desde ahora se citará esta obra como *Amigos de Dios*, añadiendo la cifra correspondiente a la numeración que figura en los márgenes.

23. Juan 14,6.

nada a generar consecuencias que deben ejercer decisiva influencia sobre la vida del mundo y que el Señor quiso hacer patentes al Siervo de Dios en una circunstancia memorable de su vida.

➤ Fue en Madrid, durante la Misa celebrada el 7 de agosto de 1931, día en que aquel año la diócesis conmemoraba la fiesta de la Transfiguración del Señor: **Llegó la hora de la Consagración** —relataría luego el Fundador del Opus Dei—: **en el momento de alzar la Sagrada Hostia (...) vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinaria, aquello de la Escritura: “et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum” (Io. XII, 32) (...). Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas**²⁴. La única auténtica transformación de las estructuras deficientes de la sociedad —recuérdese bien— comienza en el corazón del hombre y no a la inversa. Pero la conversión del corazón humano puede tener insospechadas repercusiones en las formas de existencia colectiva y en el propio destino de la humanidad.

➤ Hemos tratado de formular algunas consideraciones en torno a la significación que tiene, para la historia de la Iglesia y del mundo, la figura y la obra del Fundador del Opus Dei, tal como aparecen con la corta perspectiva de los diez años transcurridos desde su muerte. A tal fin, intentamos resaltar en primer término algunos rasgos que sirven a nuestro juicio para perfilar de modo adecuado la personalidad espiritual del Siervo de Dios; y luego hicimos

24. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, cit., p. 126; cfr. F. GONDRAND, *Al paso de Dios*, cit., p. 71.

memoria de determinados aspectos particularmente relevantes, de cara a la historia, del mensaje que Dios ha hecho llegar a los hombres, por conducto de su fiel «instrumento». Parece sin embargo oportuno, para obviar cualquier posible malentendido, hacer todavía unas breves pero necesarias precisiones.

Mensaje espiritual y fenómeno pastoral

Mons. Escrivá de Balaguer no fue tan solo la voz que recordó a la humanidad un mensaje divino, fue también el «instrumento» elegido para ponerlo por obra: «A lo que se supo destinado el 2 de octubre de 1928 —escribió acertadamente J. L. Illanes— no fue a proclamar en abstracto la doctrina sobre la santificación en medio del mundo, sino a promover en personas concretas la búsqueda de la santidad y el ejercicio del apostolado en y a través de las tareas seculares: lo que estaba llamado a iniciar no era sólo un movimiento de ideas o un renacer teológico, sino, también y ante todo, un fenómeno pastoral»²⁵.

Un juicio semejante formulaba, en fecha todavía reciente, un insigne historiador eclesiástico, el cardenal Alfonso M. Stickler. Stickler evocaba aquello que, en su opinión, constituye el núcleo del mensaje espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer: «el sencillo denominador —escribía— de la espiritualidad y de la actividad es la santificación del laico que vive en el mundo a través de su actividad ordinaria cotidiana, en cualquier condición, estado, profesión o trabajo». Y el escritor proseguía, completando su visión: «La propiedad y el mérito del Opus

25. J.L. ILLANES, *Dos de octubre de 1928*, cit., pp. 85-86.

Dei, (...) consiste en haber plasmado y universalizado la idea, no dejándola en el plano de la doctrina y teoría sino dándole una forma operativa universal y bien articulada»²⁶.

«Dos profundísimas convicciones —decía en la Universidad de Navarra el 12 de junio de 1976 el Prelado del Opus Dei, Mons. Alvaro del Portillo— encuadran la personalidad humana y sobrenatural de Monseñor Escrivá de Balaguer: una renovada y verdadera humildad —la conciencia de que todo viene de Dios— y, al mismo tiempo, una clara noticia de su vocación, de su llamada divina»²⁷. Mons. Escrivá de Balaguer —y esta va a ser la conclusión final de nuestras consideraciones en torno a su significación histórica— no fue sólo el hombre escogido por Dios para recordar al mundo la doctrina de la vocación universal a la santidad y el maestro de una auténtica espiritualidad laical; fue también el hombre llamado a convertir en realidad esa doctrina: fue; en definitiva, el instrumento elegido por el Señor para hacer el Opus Dei en la tierra.

26. A.M. STICKLER, *Genesi e sviluppo della Prelatura «Opus Dei»*, en «L'Osservatore Romano» (18 de noviembre de 1984), p. 5.

27. AA.VV., *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona 1976, p. 20.